

El África de Jorge Isaacs:
La construcción de lo exótico en el romanticismo latinoamericano
Gustavo Mejía
Central Connecticut State University

Jorge Isaacs (1837-1895) publicó *María*, la única novela que consiguió terminar, en 1867. Poco se imaginó entonces que esa obra estaba destinada a pasar a la historia como una de las mejores novelas del romanticismo latinoamericano. *María* está basada en ideas sobre el amor, el sexo, y las relaciones entre hombres y mujeres que están totalmente pasadas de moda hoy día. Cuenta una historia enmarcada en el paternalismo típico de la economía de la plantación esclavista, que nos resulta hoy día totalmente inaceptable moralmente. Pero además, está narrada con ojos llorosos y con un vendaval de suspiros que el gusto contemporáneo encuentra más adecuado a la telenovela que a una obra de valor literario. Y sin embargo, ¿no es extraño que esta novela continúa siendo una de las obras más frecuentemente editadas entre los libros del siglo 19 latinoamericano? Este es un hecho que siempre me ha intrigado y que he intentado explicar en diferentes oportunidades y desde perspectivas diferentes. En una oportunidad, por ejemplo, mi argumentación se centró en la profundidad de la representación del sistema socioeconómico de la Colombia del siglo 19—una representación que no se limita a la descripción material de las condiciones económicas, como es el caso de varias otras novelas colombianas de la época, sino que más bien captura las complejidades de los procesos ideológicos de la clase terrateniente a medida que perdía terreno frente a otros sectores más liberales de la economía que se desarrollaron principalmente en las ciudades. En otra oportunidad escribí sobre el pathos de la novela tal como se representa en un peculiar entendimiento de la naturaleza del amor y el destino — una pasión que va más allá de lo puramente humano para adquirir dimensiones cósmicas mediante los enlaces y la empatía entre los amantes y la Naturaleza misma. Finalmente, en otra oportunidad comenté sobre la apretada estructura de una narración que entreteje cinco historias de amor en un tapiz de éxito

y fracaso que se une directamente a la clase social, de tal manera que el romance central termina representado el destino histórico del sector económico que dependía de la esclavitud.

En esta oportunidad, sin embargo, me propongo leer la novela desde una nueva perspectiva. Me voy a concentrar solamente en una parte pequeña del libro, los capítulos 40 a 44, en los que el autor se desvía de la trama principal para narrar lo que algunos llaman la *novella* de Nay y Sinar. Esta novela cuenta la historia de una de las esclavas de la familia, Feliciano, cuyo nombre africano es Nay, y su también esclavizado esposo, Sinar. Quiero estudiar la representación del mundo africano tal como se lo imagina Jorge Isaacs desde la Colombia del 19. Pretendo mostrar con esto que al introducir esta digresión de la historia principal, el narrador hace mucho más que una concesión al gusto impuesto por el romanticismo francés, para el cual la búsqueda de lo exótico en tierras lejanas es un componente importante de sus principios estéticos. De hecho, aunque dos de las fuentes más importantes de María son dos novelas francesas cuya estructura, técnicas y cosmovisión están profundamente enraizadas en la tradición romántica, María coloca su visión de lo exótico en un contexto literario marcado por una particular visión de lo exótico en la propia naturaleza de América Latina. En efecto, a todo lo largo del siglo 19 en la literatura de América Latina, una determinada visión de la naturaleza se vuelve no solamente en el emblema de la identidad de la región, sino también en el soporte ideológico de un determinado tipo de sociedad. Pero además, cuando Isaacs narra la historia de Nay y Sinar en el contexto del exotismo, Isaacs consigue usarlo para expresar algunos temas esenciales para el concepto ético y para el concepto de belleza del romanticismo latinoamericano, o al menos, eso espero mostrar. Esta ponencia afirma que Isaacs no solamente consigue confrontar al lector con la “otredad” de África, pero de manera más importante aun, del mundo del esclavo latinoamericano —un mundo que es a la vez tan familiar como desconocido para los lectores del 19 como el mundo africano en el cual Isaacs deja desbordar su fantasía. Sin embargo, al proyectar en el pasado de los esclavos algunas de las

características del mundo de sus actuales amos, Isaacs elimina las barreras que los separan y muestra como común el destino de unos y de otros.

Por razones de simplicidad, empezaré por localizar la *novella* en el contexto de la obra y luego haré un breve resumen de su historia, para refrescarnos la memoria. Localizada hacia el final de la narración, la historia de Nay y Sinar sirve varios propósitos estructurales. Uno de los más evidentes es el de servir de premonición del destino fatal de la pareja central. Pero en un nivel más profundo, proporciona un refuerzo estructural de uno de los temas más importantes de la novela, a saber, que el sector económico del mundo basado en el trabajo esclavo genera amores fracasados.

La historia se puede resumir así: Magmahú es un valiente guerrero Ashanti que ha vencido a Orsué, jefe de la nación Achimi, tradicional enemigo de los Ashanti. El hijo de Orsué, Sinar, ha sido capturado por Magmahú, quien desconoce que por las venas de su prisionero corre sangre noble. Al principio de la historia, Magmahú está a punto de derrotar a los invasores ingleses, pero es traicionado por uno de sus propios jefes que no le envía los refuerzos a los que se había comprometido. Mientras se prepara para luchar hasta la muerte una batalla de antemano perdida sin los refuerzos que no llegan, el rey Say Tuto Kuamina se rinde ante los ingleses y Magmahú prefiere exiliarse antes que desobedecer las órdenes de su superior. En preparación para su exilio, decide sacrificar algunos de sus esclavos, Sinar entre ellos. Sin embargo, la hija de Magmahú, Nay, la única Ashanti que sabe que Sinar es un príncipe, se ha enamorado profundamente de él. Cuando su padre le dice que se van hacia Gambia, donde él tiene amigos y le anuncia que va a sacrificar a Sinar, Nay se postra a sus pies y le ruega que lo perdone o que los mate a ambos porque se aman profundamente. Ofendido, pero también benevolente, el padre de Nay los perdona. Pocos días después los tres abandonan Kumasia con treinta esclavos, una caravana de avestruces y camellos, cargados de oro y conchas marinas que se usan como dinero. Tras un largo viaje al valle del Río Gambia, llegan al país de los Kombuy-Manez, cuya hospitalidad es pagada con

importantes victorias militares sobre los Cambez, sus enemigos tradicionales, gracias al liderazgo de Magmahú.

Nay y Sinar continúan sus amores en su nuevo país. Un día conocen a un sacerdote francés que habla la lengua de Sinar. El cura inicia a Sinar en el cristianismo, y éste a su vez convence a Nay de que acepten el dios del francés. El mismo día en que Nay y Sinar se van a casar en una ceremonia pagana seguida de una fiesta lujuriosa¹, los dos amantes calladamente se escapan en compañía de sacerdote francés y en medio de la selva se casan secretamente en el rito cristiano.

Esa noche, tras las ceremonias oficiales del caso, los Kombu-Manez y la corte de Magmahú celebran el matrimonio africano de Nay y Sinar. En medio de la noche, cuando todos los valientes guerreros están borrachos, los Cambez, un pueblo cuyo negocio consiste en vender prisioneros a los europeos, atacan a los Kombu-Manez, toman a todos prisioneros para venderlos como esclavos. En este punto, Nay y Sinar son separados y la joven, embarazada de su único hijo, es enviada a América donde termina sus días como esclava liberta en la casa de María. Nay, o Feliciano como ha sido bautizada, muere anciana, todavía añorando a su amor y a su patria perdida.

La *novella*, como se ve, está localizada en una región vagamente definida de Africa Occidental, limitada por algunos nombres geográficos que Isaacs menciona. En efecto, localiza la ciudad de Cumasia (Kumasi) en Ghana; la región de Bambuk en Mali, y los eventos principales de la historia tienen lugar en el valle del Río Ghana.

¹ La atmósfera de la fiesta para celebrar la boda de Nay y Sinar se describe en los siguientes términos: “Hachones de resinas aromáticas, sostenidos por cráneos perforados de Cambez, muerto en los combates por Magmahú, iluminaban los espaciosos aposentos. Si por momentos cesaban las músicas marciales, eran remplazadas por las blandas y voluptuosas de las liras. Los convidados apuraban con exceso caros y enervantes licores; y todos habían ido rindiéndose lentamente al sueño. Sinar, huyendo de la algazara de la fiesta, descansaba en un lecho de sus habitaciones mientras Nay le refrescaba la frente con un abanico de plumas perfumadas” (124).

El esqueleto de la historia es adornado por Isaacs con descripciones de la naturaleza y el paisaje africanos², los vestidos y ornamentos³, animales, estrategias militares, pero también con los valores e ideales de sus personajes⁴. Es en la singularidad de estas descripciones y en la peculiar representación de África que Isaacs construye en su imaginación donde el concepto de lo exótico encuentra el escenario para su actuación.

Como en toda manifestación de lo exótico, dos condiciones, que yo llamaré *condiciones de realismo en lo exótico*, son efectivamente condiciones para la construcción de la visión exótica. De una parte, la descripción de tierras extrañas que deben ser vistas por el lector como verosímiles al tiempo que deben mantener un elemento de extrañeza que es esencial al sentido de “otredad” asociado con lo exótico⁵. En segundo lugar, al representar la otredad de lo exótico, el narrador se encuentra con la siguiente alternativa: o bien, representar las tierras lejanas como el hogar de monstruos y criaturas horribles cuya naturaleza y valores parecen moral y materialmente inferiores a los del narrador mismo; o, por el contrario, las regiones exóticas se pueden mostrar como el hogar de un mundo dignificado cuya materialidad y cuyos valores pueden compararse satisfactoriamente con los propios del narrador, pese a toda su peculiaridad, sus defectos y posibles fallas.

² Un momento especialmente emotivo en su relación, cuando Sinar está adoctrinando a Nay en la idea cristiana de Dios, le presenta a Isaacs una buena oportunidad para darle a los lectores una imagen del paisaje africano tal como se lo imagina. Lo que es especialmente interesante de esta vista panorámica es que se compone de todos los accidentes geográficos que normalmente suponemos que existen en Africa: el desierto, los poderosos ríos y la selva impenetrable. Sinar lleva a Nay al borde de un peñasco “desde el cual se divisaba el desierto sin límites rielando de trecho en trecho el caudaloso río” y mirando en otra dirección se encuentra con “los bosques gigantescos” (123).

³ “Con la corta y pulcra falda de carmesí salpicada de estrellas de plata; el amplio chal color de cielo, que después de ocultarle el seno, cruzándolo, pendía de la cintura; turbante rojo prendido con agujas de oro, y collares y pulseras de ágata, debía estar más seductiva que nunca” (122).

⁴ Cuando los ingleses invaden la región, Sinar, que hasta el momento se ha abstenido de luchar contra su propia gente, se presenta ante Magmahú para ofrecérsele: “Llévame contigo a las batallas: yo combatiré a tu lado contra los blancos; y te prometo que mereceré comer corazones suyos asados por los sacerdotes, y que traeré en el cuello collares de dientes de los hombre rubios” (118). Los valores de Magmahú, por el contrario, se expresan con claridad en la siguiente cita: “Precisado Magmahú a optar entre que se degollara a los prisioneros o que se les vendiera a los europeos, hubo de consentir con lo último, obteniendo al propio tiempo la ventaja de que el jefe de los Kombu-Manez impusiera penas temidas a aquellos de sus súbditos que enajenases a sus dependientes o a sus hijos” (121).

⁵ “The discourse of the exotic rests on a type of expression which underlines alterity” (Litvak 18).

Las técnicas usadas por Isaacs para crear la impresión de que esta representación del mundo africano es verosímil son variadas e incluyen el uso de nombres propios y nombres geográficos, tal como hemos visto en el breve resumen de la historia. Todos los personajes reciben sus nombres propios africanos e inclusive se menciona al menos un personaje histórico, el británico Carlos Macharty, una evidente deformación de Charles McCarthy, un gobernador de Costa de Oro entre 1821 y 1824, cuando fue muerto por los Ashanti. El nombre del rey de Magmahú, Say Tuto Kuamina, parece un cruce de los nombres de Osei Tuto (muerto en 1712 o 1717), el fundador del Imperio Ashanti, y Osei Kwame (1777-c. 1801), que dirigió a los Ashanti durante los críticos años del fin del siglo 18 (Britannica I:621).

Para crear la impresión de una representación realista, Isaacs refiere a sus lectores a la información que se puede encontrar en fuentes científicas. Así pues, en una nota de pie de página, Isaacs cita a Cantu, el famoso historiador del siglo 19, quien describe a los Ashanti. Unas páginas más adelante, para apoyar su referencia al gusto y pasión de los africanos por la danza y la música, Isaacs añade otra nota de pie de página y no sólo recurre nuevamente a la autoridad de Cantu, sino que también menciona a Malte-Brun, uno de los padres de la geografía moderna. Una tercera nota de pie aparece al final de la *novella*, y allí el narrador refiere a sus lectores a los capítulos VI y XVII de la monumental Historia Universal de Cantu que, según él, contiene información que “bastará a convencerle de que al bosquejar algunos cuadros del episodio, se han desdeñado tintas que podrían servir para hacerlo espantosamente verdadero” (133).

Otra técnica que usa Isaacs para satisfacer las condiciones de realismo en lo exótico consiste en soltar nombres en la lengua de las tierras lejanas. Efectivamente, Isaacs menciona *tibar* (oro), *cauris* (conchas), *sereres* (ladrones), como se ve en el siguiente fragmento:

Pasados dos días, Nay, Sinar y Magmahú salieron de Cumasia a favor de la oscuridad de la noche, llevando treinta esclavos de ambos sexos, camellos y avestruces para cabalgar, y

cargados otros con las más preciosas alhajas y vajillas que poseían; gran variedad de *tibar* y *cauris*, comestibles, agua, como para un largo viaje (120).

El mismo pasaje nos permite ver otros puntos que merecen consideración apropiada. Primeramente, es necesario realzar que el narrador usa como base para la construcción de lo exótico un conjunto de ideas preconcebidas sobre la realidad africana: un determinado conocimiento general compartido sobre las tierras exóticas. En el caso de Isaacs, el uso de camellos y avestruces como medios de transporte, particularmente en una región donde ninguno de estos dos animales es común, ciertamente pertenece a esa extendida imagen de África, aunque, dicho sea de paso, se trata de una imagen popularizada por los recuentos de viajeros coloniales y, por lo tanto, recargada de exageraciones e inexactitudes.

En segundo lugar, se ve que Isaacs proyecta sobre los pueblos africanos que describe algunas de las características que son propias a la cultura de Isaacs. El oro, por ejemplo, se menciona aquí no porque sea particularmente valioso a los Ashanti⁶, sino más bien porque la sola mención del oro nos trae a colación una escala de valores presumiblemente en boga entre los lectores de Isaacs. Efectivamente, incluso en el improbable caso de que los Ashanti del siglo 19 se dieran al lujo de coleccionar grandes cantidades de finas vajillas, como nos dice que lo hace Magmahú, un lector para quien el oro, las joyas y la porcelana representan valores apreciables, estará impresionado con el esplendor de la caravana de Magmahú, cargada con tales posesiones en cantidades tales como los propios lectores seguramente desearían tener. Al mismo tiempo, la existencia de estos tesoros en la tierra de lo exótico es tomada por los lectores como un “hecho sabido”, o, en el peor de los casos, como una mentira que están dispuestos a aceptar por verdad.

Uno de los efectos en esta novela de la representación de las tierras exóticas empieza, pues, a hacerse evidente. La visión de lo exótico no es un fin en si mismo sino un medio para un fin. Lo que Isaacs

⁶ Una vez en América, cuando se la ha vendido por un puñado de oro, ella “sonrió amargamente al pensar que la cambiaban por un puñado de tibar” (130).

consigue al relatar la historia de Nay y Sinar es la construcción de un mundo donde los esclavos de la trama principal tienen acceso a riquezas y esplendor, aunque estas no sean de la misma naturaleza que las riquezas y el esplendor de los amos en la trama central. Un mundo donde los esclavos resultan ser reyes y princesas en un país de fábula dignifica a los personajes, quienes de otra manera están deshumanizados por la condición social prevalente en la trama central, actuando así como una especie de equalizador social. Y es precisamente esta igualación lo que permite comparar el sufrimiento de la esclava Feliciano con el de Efraín⁷.

Se hace necesario recordar en este punto que María cuenta un número de historias de amor, algunas de las cuales tienen éxito mientras que otras fracasan. En otra parte he mostrado que todas las historias donde los amantes son agentes del sector económico esclavista, ya sean amos o esclavos, terminan en desgracia y desarrollos desafortunados. Pero además, lo que espera tanto a Efraín como a Nay al final de su historia es el exilio —separación no sólo de su país y de su tierra, sino en un sentido más amplio, alejamiento de lo que podría llamarse propiamente “su lugar en el mundo”⁸.

El exilio es uno de los tópicos que permean el romanticismo latinoamericano. En medio de la inestabilidad política del 19, el exilio era frecuentemente una condición impuesta a muchos intelectuales de la región. Andrés Bello, Domingo Sarmiento, Echeverría, Martí, son sólo algunos de los más conocidos ejemplos. Durante el siglo 19, la mayoría de los románticos latinoamericanos elevan el

⁷ Al final de la novela, tras la muerte de María, Efraín se encuentra exiliado del idílico mundo donde su romance fue posible gracias a la existencia de condiciones socio-económicas que habrían de abolirse muy pronto. El exilio de Efraín es, por lo tanto la condición fundamental que le permite idealizar el mundo que crea. La dinámica de su exilio es clara en la escena final cuando el héroe se pierde al galope en la oscuridad nocturna de la pampa.

⁸ Véase, por ejemplo, este poema del propio Isaacs; “Gratas memorias del hogar paterno, / que acariciáis mi mente enamorada: / voluptuosas creaciones del proscrito, / fragantes son las flores de mi patria” (La oración) o este otro poema de José Eusebio Caro; “¡Céfiro rápido lánzate! ¡rápido empújame y vivo! / Más redondas mis velas pón: del proscrito a los lados, / ¡Ház que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren! / ¡Ház que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!” (En alta mar).

tema del exilio por encima de lo puramente material o político para convertirlo en una condición de alienación existencial. Muchos poemas latinoamericanos construyen una imagen del intelectual como un exiliado añorando su hogar perdido, una metáfora que se refiere tanto a lo material como a lo existencial. En el caso de la novela que estudiamos, quizás una de las imágenes más conspicuas del texto es la metáfora prolongada que abre el penúltimo capítulo en la que el escritor proyecta su angustia por la pérdida de su hogar en un ave atrapada en una tormenta cuando regresa a su lugar en el monte para encontrar que el árbol donde había estado su nido, ha sido arrancado de raíz por el huracán⁹.

Al final de *María*, cuando Efraín regresa al hogar de su familia después de la muerte de María, pasa la noche abrazado a los fetiches que su difunto amor le dejó en macabra herencia: el delantal azul que usaba para cortar las flores que le ponía en su habitación, y su larga trenza negra. Incapaz de afrontar esta alienación, Efraín se aleja en su caballo y se pierde en la noche del exilio.

En efecto, el sentimiento de exilio que atraviesa la historia del autor desde que el padre de Isaacs se arruina y el joven héroe se encuentra en la necesidad de hacer frente a las demandas de sus muchos acreedores. Este incidente conlleva la pérdida de un modo de vida, un estatus socio económico y por lo tanto un sentimiento de exilio no sólo en relación al mundo de la naturaleza, que solía reflejar el estado de ánimo de los dos amantes como si fuera un espejo cósmico de sus emociones. Finalmente, y quizás más importante, exilio de los elementos que constituyen el mundo de la joven pareja: amor, familia, sociedad, fortuna, en breve: economía de plantación esclavista.

Aunque secundaria, la historia de Nay y Sinar no está privada de este mismo sentimiento del exilio. Uno de los elementos que marcan lo trágico de su historia es el hecho de, en cautividad, ella pierde los privilegios que le otorgaba su posición y se convierte en una simple esclava. Está claro en el tono de la

⁹ “Como el ave impelida por el huracán a las pampas abrasadas intenta en vano segar su vuelo hacia un umbroso bosque nativo, y ajados ya los plumajes regresa a él después de la tormenta, y busca inútilmente el nido de sus amores revoloteando en torno del árbol destrozado, así mi alma abatida va en las horas de mi sueño a vagar en torno del que fue hogar de mis padres” (192).

historia que si los dos personajes, Nay y Sinar, no fueran el hijo de un rey extranjero y la hija de un valiente militar, y en su lugar fueran dos simples africanos sin nombre, esclavos sin preponderancia social, su tragedia no merecería ser contada. Por lo que a Nay se refiere, en su degradación social, su sentimiento de exilio en relación a su mundo natural está frecuentemente enfatizado: “el canto de alguna ave americana que le recordada las de su país, o la vista de flores parecidas a las de los bosques de Gambia, avivaba su dolor y la hacía gemir” (128).

Todos estos detalles son las herramientas de Isaacs para la construcción de un mundo exótico donde sus caracteres son dignificados y elevados de su miserable existencia. En el caso de personajes cuya vida se ha reducido a la esclavitud —la más humillante condición a la que se puede someter a un ser humano—, al darles un pasado, Isaacs los devuelve al flujo de la historia. Si, por lo demás, ese pasado que se les da a estos esclavos es el de realeza, poder, dignidad, entonces estos personajes son rescatados del infierno a una especie de limbo donde su sufrimiento no es del todo diferente del sufrimiento de sus contrapartes terratenientes y cuya decadencia el narrador lamenta a lo largo de toda la novela.

Efectivamente, Nay, aunque en el presente esté esclavizada, es en verdad otro miembro de una clase privilegiada que ha caído en desgracia —¿y no es eso acaso lo que termina siendo Efraín al final de la novela cuando su amor ha muerto, su padre está arruinado, su tierra ha sido vendida, y él se pierde en su caballo en la noche del exilio? Y, ¿no es esto lo que ocurrió a la oligarquía esclavista como resultado de la inserción de América Latina en la economía global durante el siglo 19?

La construcción de un mundo exótico en una novela que generalmente se lee como una de las más profundamente enraizadas en el sabor local latinoamericano cumple una función estructural en la novela y no podemos liquidarla como una simple concesión al gusto de la

época y menos aun una imitación del uso de lo exótico en las novelas generalmente mencionadas como fuentes de *María*.

El exotismo en este contexto no puede sólo leerse como una búsqueda del otro, de lo diferente, sino más bien, como una búsqueda del yo en el espejo del otro. A fin de encontrar lo que busca, Isaacs se ve obligado a construir una tierra exótica donde sus esclavos puedan ser dignificados económica y socialmente; tiene que construir un África que tiene poco que ver con la realidad de ese continente, pero una que le sirve para vestir en ropas extrañas temas que le son centrales a Isaacs mismo. Una vez que ha construido un mundo tal, se lo tiene que arrebatar a sus personajes para que ellos también puedan experimentar en carne propia la caída y la privación del exilio, condición fundamental de su héroe romántico y de la clase social que representa.

Obras citadas

Encyclopedia Britannica, 1990 ed.

Isaacs, Jorge. *María*. Ed. Gustavo Mejia. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

Litvak, Lily. *El sendero del tigre*. Madrid: Taurus, 1986.

Mejia, Gustavo. "*María* in its Political Context". Dissertation, University of Essex, 1975.

-----". "La novela de la decadencia de la clase latifundista esclavista: *María* de Jorge Isaacs." *Escritura* 2(1976) 261-278.